

Un lugar en ninguna parte

PIENSO en la historia que cuenta Brenda Navarro en *Ceniza en la boca* y de repente me viene a la mente el título de esta película, *Un lugar en ninguna parte*, y lo tomo prestado. Cada vez las escritoras mexicanas me sorprenden más. Primero descubrí a Valeria Luiselli, y luego vino Brenda Navarro, de quien hablé aquí hace un tiempo, a propósito de *Casas vacías*, su primera novela, con la que dejó claro que era una gran escritora.

Leí *Casas vacías* con pasión y dolor —era el relato de ida y vuelta entre dos mujeres a quienes la vida empareda como lo haría el cemento al secarse—. Con ella Navarro ponía la maternidad en boca de sus protagonistas y en todas sus dimensiones, desde las más amables hasta las más feroces. Recuerdo que nada más entrar en el libro, respiré hondo, coloqué la espalda recta y me preparé para lo doloroso, sospechando que lo peor estaba por venir. Y efectivamente, la historia arranca de la ausencia, de la desaparición accidental de un hijo, pero poco a poco avanza en el cómo y el por qué y cada vez la madeja del dolor se torna más enrevesada: «Quizá no debimos haber venido a este mundo».

Un pensamiento similar recorre la mente de los dos protagonistas de *Ceniza en la boca*, dos pequeños hermanos mexicanos abandonados por su madre para irse a España en bus-

ca de mejor vida. Con los años ellos viajarán a Madrid para reagruparse, Laura ya joven y Diego adolescente. La madre, ahora presente, seguirá en cierta manera ausente, porque los lazos se rompieron hace tiempo y ciertos vínculos, una vez resquebrajados, no hay quien los recomponga.

Nada se asemeja a lo que esperaban, nada les evoca lo que tanto tiempo soñaron. Casi sin tener tiempo para reaccionar, las vidas de Laura y Diego dan un vuelco brusco y ácido donde será muy difícil encontrar dulzura alguna, por fugaz que sea.

Casas vacías fue y es un éxito, va por su sexta edición, pero Brenda Navarro se enfrentaba a la prueba de fuego con su segunda novela, y la ha superado. De nuevo, *Ceniza en la boca* es un relato desgarrador que atrapa y se pega a las tripas del lector desde el primer momento. Una historia donde lucen pequeños gestos de humanidad, eclipsados a menudo por las miserias humanas. Sea como sea, *Ceniza en la boca*, que tiene la fuerza de la narración oral, me hace pensar en un relato cinematográfico —los personajes, las voces y los escenarios se suceden y entrecruzan— y al mismo tiempo escucho ecos de un gran reportaje novelado, donde la ficción toma cara de verdad porque sabemos que historias como éstas tienen nombres y apellidos.

Con rapidez, Laura, la narradora, nos lleva en su relato en primera persona del pasado al presente y viceversa. La línea del tiempo está difusa, porque igual que no hay para ellos un lugar tranquilo y seguro en ninguna parte, apenas si hay un tiempo que valga la pena retener: todo está impregnado de violencia, de error, de pocas salidas, de no saber dónde dejarse caer. Y la desesperación se repite, y algunas cosas van encajando, vamos atrás y adelante en el tiempo, entre tres escenarios: México, Madrid y Barcelona.

Laura nos presenta a todos: a su familia, sus amigas, sus jefas, las señoras que cuida, su novio escocés. Todos tienen un nombre y llenan el espacio. Ella, sin embargo, es una voz ingrátida, un martillo que nos dosifica la historia en frases cortas. Y el relato es cíclico, vuelta al inicio, y tiene elipsis, pero nos retiene con fuerza en el presente, sobre todo por el ritmo trepidante que la historia toma en nuestras mentes, como un martilleo constante, el cual, a pesar del dolor en el alma, lo queremos sentir porque en esta historia hay mensaje y mucha vida, a pesar de tanta muerte: «Porque nadie te cree, pero hay quienes se te mueren aunque sigan respirando y se muevan frente a ti».

Ceniza en la boca es un relato intenso y sobrecogedor desde el comienzo: «No lo vi yo, pero como si lo hubiera visto, porque lo tengo taldrándome la cabeza y no me deja dormir. Siempre la misma imagen. Diego cayendo y el ruido de su cuer-

po al impactar contra el suelo». Un relato que incide en el desarraigo, en la falta de referentes y de rostros conocidos, en la desubicación deshumanizador que significa emigrar y ni siquiera saber para qué. ¿De qué huye quien emigra, qué busca? El peor drama es descubrir que en ningún lugar ya nadie le espera, ni en la casa de origen que dejó ni en el piso despersonalizado de un barrio gris e inhóspito donde tantos emigrantes acaban viviendo. Sintiendo que no son bienvenidos porque la pobreza, tenga el color que tenga, nadie la quiere tener cerca, ni siquiera los otros pobres: «Para mí, irnos de México significaba huir de la violencia que terminó arrasando con mi familia, pero en España nos esperaba otro tipo de violencia, una menos aparatosa pero igual de cruel, en donde te exigen lealtad mientras te violentan minuciosamente porque no eres como ellos».

Los protagonistas de esta historia desgarradora son a veces espectros de lo que fueron o soñaron ser, o alguien pensó y deseó que fuesen: ninguna previsión se ha cumplido y lo que queda es poco más que preguntarse qué vida merece la pena de ser vivida.

Ceniza en la boca es una historia de separaciones y abandonos, de padres desconocidos, de madres que hacen la maleta y de repente ya no están, es un relato de anhelo, de deseos frustrados y de rabia solidificada, de iniciación a la vida a través de la pérdida y de la muerte. Una novela demole-

dora en la que Brenda Navarro aborda con sutileza y valentía cuestiones como la desigualdad, la xenofobia o el desarraigo, una historia que invita a cerrar el puño con fuerza mientras la lees porque ya no sabes dónde ni a quién desearías golpear: «Pero me lo quedé en el estómago –dice Laura–, no iba a ser yo la violenta latinoamericana, salvaje de mierda, que repro-

ducía el sistema de violencia del que iba huyendo».

Ceniza en la boca es una novela que nos lleva al límite, pero que no busca la lágrima fácil, sino generar una emoción, casi diría que una conmoción. –LOURDES TOLEDO.

Brenda Navarro, *Ceniza en la boca*, Madrid, Sexto Piso, 2022.

La intensidad de la escritura

NO recuerdo quién fue el escritor o escritora (me suena que argentino también) que dijo en una entrevista que su novela, entonces muy aclamada y toda una revelación, la había escrito sobre todo en noches de insomnio mientras trataba de dormir a su hijo recién nacido con el suave movimiento acompasado del carrito que iba desplazando hacia delante y detrás, en un ritmo tranquilo pero constante (los que han tenido hijos lo saben perfectamente, porque luego se te queda casi como un defecto, un tic, y lo haces haya o no haya niño en el carro, mientras estás esperando o cuando dejas de pasear con el carro, no sea que el niño se te despierte...). Y es que la maternidad (o la paternidad) obliga a no pocos cambios en la vida de una persona, a cuestionarse prácticamente todo y a vivir momentos que, en fin, uno

no sabe muy bien cómo resolver. Además, a cada uno le va la fiesta de una manera: se *repite* o no, la relación con la pareja se vuelve casi *funcionarial* y las costumbres y rutinas ya no son las mismas: tu «centro de gravedad permanente» es otro. Viene este ya largo exordio (en una reseña, en otro lugar podríamos seguir sin problema) a cuenta de la lectura de la *Trilogía de la pasión*, de la escritora argentina Ariana Harwicz, que recoge en este volumen, publicado por Anagrama, tres novelas aparecidas previamente: *Matate, amor* (2012, publicada en España por Lengua de Trapo), su primera obra, que tuvo importantes reconocimientos y traducciones y ha sido adaptada al teatro; *La débil mental* (2014), que también ha tenido versión teatral; y *Precoz* (2015), tal vez la más compleja de las tres y la que más *provoca* al lector. En las tres la mater-